

## 8. La esperanza del Nuevo Testamento

El mensaje del evangelio comprende la maravillosa encarnación de Cristo, su vida como ser humano y su sacrificio expiatorio, su triunfante resurrección y ascensión al cielo y la promesa de su gloriosa segunda venida. Después de la última cena, Cristo afirmó a sus discípulos: «No, no los abandonaré como huérfanos; vendré a ustedes» (Juan 14: 18, NTV). En cierto sentido, él regresó en «las apariciones posteriores a la resurrección»<sup>1</sup> y más claramente a través de la presencia permanente del Espíritu Santo (Juan 14: 16, 17, 26). Incluso prometió: «Estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo» (Mat. 28: 20, RVC). Pero ni sus apariciones ni la presencia del Espíritu Santo pueden eclipsar la promesa segura de su Segunda Venida: «Vendré para llevármelos conmigo. Así ustedes estarán donde yo esté» (Juan 14: 3, NVI).

El historiador inglés Edward Gibbon (1737-1794) reconoció que los primeros cristianos estaban emocionados por la expectativa de la inminente «segunda y gloriosa venida del Hijo del hombre en las nubes». Ellos compartían esta convicción de manera tan abierta y amplia, que «se creía universalmente que el fin del mundo y el reino de los cielos estaban ya cercanos» pero con el correr del tiempo, dicha expectativa «fue tratada primero como una alegoría profunda, luego se consideró como una dudosa e inservible opinión, y finalmente fue rechazada como una absurda invención de la herejía y el fanatismo».<sup>2</sup> En consecuencia, la esperanza apostólica desapareció en gran medida de la corriente principal del cristianismo. Sin embargo, ha habido, a lo largo de los siglos, cristianos fieles que mantuvieron esta bendita esperanza.

Cuando se vive «de cada palabra que sale de la boca de Dios» (Mat. 4: 4, NTV), no se puede pasar por alto lo que el Nuevo Testamento tiene que decir sobre la esperanza cristiana. El presente capítulo repasa brevemente las enseñanzas del Nuevo Testamento sobre la segunda venida de Cristo, las resurrecciones finales y la tensión entre las diferentes escatologías globales y personales.

### La segunda venida de Cristo

La esperanza, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, se presenta bajo diferentes puntos de vista, pero siempre gira en torno a Cristo. El Antiguo Testamento presenta al Mesías como un Siervo sufriente y un Rey glorioso que vendría en el momento oportuno por la providencia de Dios. En cambio, el Nuevo Testamento confirma que Cristo ya vino como Siervo sufriente, pero aún no como Rey glorioso. Mientras esperan su regreso, los fieles hijos de Cristo continúan viviendo como mortales. Por otro lado, tienen la bendita seguridad de tener la vida eterna asegurada en él. Jesús mismo le dijo a Marta: «El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá» (Juan 11: 25). El apóstol Pablo pudo decir entonces:

«Cristo en ustedes, la esperanza de gloria» (Col. 1: 27, NVI). De la misma manera, «Juan presenta que la única vida digna de ser vivida es aquella vida en Cristo, con Cristo y de Cristo».<sup>3</sup>

En total concordancia con el Antiguo Testamento (véase el cap. 4), el Nuevo Testamento no apoya la teoría pagana de la inmortalidad natural del alma. El apóstol Pablo se refirió a Dios como «el único que tiene inmortalidad» (1 Tim. 6: 16) y explicó que los que murieron en Cristo recibirán el don de la inmortalidad solo en ocasión de la Segunda Venida, cuando lo mortal se vestirá «de inmortalidad» (1 Cor. 15: 53, NVI). Y el apóstol Juan añadió: «Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida» (1 Juan 5: 11, 12). Si el alma humana es de naturaleza inmortal, como muchos creen, ¿por qué entonces Juan limita el regalo de la vida eterna solo a aquellos que están en Cristo? De hecho, la segunda venida es la bendita esperanza de la vida eterna.

Muchos predicadores evangélicos populares sugieren que la iglesia será arrebatada en secreto siete años antes de la segunda venida de Cristo en lo que se conoce como el «rpto secreto». A pesar de lo popular que se ha vuelto esta teoría en algunos círculos evangélicos, el Nuevo Testamento no presenta ningún rpto secreto antes de la segunda venida de Cristo. Se nos dice que Cristo vendrá «con gran voz de trompeta» (Mat. 24: 31), «con voz de arcángel y con trompeta de Dios» (1 Tes. 4: 16), y que «todo ojo lo verá» (Apoc. 1: 7). Solo entonces, al sonido de la trompeta, «los muertos serán resucitados incorruptibles», los santos vivientes serán «transformados» (1 Cor. 15: 52), y juntos irán al lugar celestial que Jesús ha preparado para ellos (Juan 14: 2, 3).

Los predicadores antes mencionados buscan justificar sus suposiciones sugiriendo que el «misterio» mencionado por Pablo en 1 Corintios 15: 51 es el supuesto rpto secreto. Pero un análisis cuidadoso del texto no respalda tal suposición antibíblica. David E. Garland dijo inequívocamente: «El misterio no es que los vivos y los muertos estarán juntos durante la parusía, sino que tanto los vivos como los muertos sufrirán la transformación necesaria para poder alcanzar la incorruptibilidad e inmortalidad».<sup>4</sup>

## **Las resurrecciones finales**

El catolicismo romano ha combinado la enseñanza bíblica de la resurrección y la teoría griega de la inmortalidad del alma. Gregorio de Nisa toma prestado de la teoría egipcia de la vida después de la muerte (véase el cap. 3), y afirma que «el alma siempre conoce su propio cuerpo» y «no se aparta de sus propios elementos, ni cuando los fragmentos se juntan, ni si se mezclan con la parte no trabajada de la materia elemental».<sup>5</sup> La edición de 1992 del Catecismo de la Iglesia Católica dice: «En la muerte, separación del alma y el cuerpo, el cuerpo del hombre cae en la corrupción, mientras que su alma va al encuentro con Dios, en espera de reunirse con su cuerpo glorificado. Dios en su omnipotencia dará definitivamente a nuestros cuerpos la vida incorruptible uniéndolos a nuestras almas, por la virtud de la Resurrección de Jesús».<sup>6</sup>

Pero la enseñanza bíblica de la resurrección no apoya la teoría del reencuentro de la supuesta alma inmortal con su cuerpo físico. Si las «almas» de los santos muertos vuelan directamente a la presencia de Dios (como afirma el Catecismo), ¿por qué Cristo y los

apóstoles se refirieron a la muerte como un sueño (Ma. 9: 18, 24; Juan 11: 11-14; 1 Cor. 15: 6, 18, 20; 1 Tes. 4: 13-15; 2 Ped. 3: 4; etc.)? <sup>7</sup> ¿Por qué el apóstol Pedro declaró que el rey David «murió y fue sepultado» y «no subió a los cielos» (Hech. 2: 29, 34)? ¿Por qué el apóstol Pablo dijo que «si los muertos no resucitan», entonces «también los que murieron en Cristo perecieron» (1 Cor. 15: 16, 18)? Si los santos tienen un alma inmortal que vuela hacia la presencia de Dios cuando el cuerpo muere, Pablo jamás habría dicho que sin la resurrección corporal estamos perdidos.

El Nuevo Testamento habla de dos resurrecciones generales finales: una, de los justos para recibir el don de la inmortalidad; y la otra, de los impíos para sufrir su destrucción final. El libro de Daniel va más allá, al afirmar que «muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados: unos para vida eterna, otros para vergüenza y confusión perpetua» (Dan. 12: 2). Cristo mismo declaró explícitamente que llegará la hora en que «todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; pero los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación» (Juan 5: 28, 29).

El libro de Apocalipsis declara que, en la segunda venida, los muertos justos resucitarán para reinar con Cristo durante «mil años» (Apoc. 20: 4), también conocido como el milenio, en las cortes celestiales (Apoc. 19: 11-16; cf. Juan 14: 1-3). Al final de ese período, los malvados resucitarán para ser castigados según sus malas obras y enfrentar «la segunda muerte» (Apoc. 20: 6), en la que dejarán de existir (vers. 5-15; cf. Mal. 4: 1). Entonces, la Nueva Jerusalén descenderá del cielo para ser el hogar eterno de los santos (Apoc. 21: 1-8). Por algo el apóstol Juan exclamó: «Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene poder sobre estos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él mil años» (Apoc. 20: 6).

## **Dos perspectivas escatológicas**

El libro de Apocalipsis, escrito por el apóstol Juan alrededor del año 95 d. C., termina con varias declaraciones relacionadas con la Segunda Venida. En el capítulo final, Cristo le advierte a Juan: «El tiempo está cerca» (Apoc. 22: 10) y le promete tres veces: «¡Vengo pronto!» (vers. 7, 12, 20; cf. Apoc. 3: 11). Juan le responde con entusiasmo: «¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!» (Apoc. 22: 20). Pero han pasado casi dos mil años desde que Jesús hizo esta promesa y él aún no ha regresado. Esto ha llevado a muchos cristianos a preguntarse: ¿Por qué Jesús prometió algo que no cumplió?

En un artículo que escribí en 2015 expliqué<sup>8</sup> que el Nuevo Testamento habla de una Segunda Venida literal y visible de Cristo que ocurrirá en un futuro cercano y no tan cercano. Algunas de las declaraciones de Jesús dan la impresión de que el plan era regresar pronto, en la era apostólica (Mat. 10: 23; 16: 28; Luc. 21: 32); sin embargo, otras declaraciones advierten que «aún no es el fin» (Mat. 24: 6) y que ocurrirá solo después de que se predique el «evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones» (vers. 14).

El apóstol Pablo utiliza un lenguaje inclusivo cuando se cuenta a sí mismo entre los que estarán vivos en la segunda venida (1 Cor. 15: 51; 1 Tes. 4: 15) y también entre los que resucitarán de entre los muertos (1 Cor. 6: 14). Según David E. Garland, la expresión «no todos dormiremos» (1 Cor. 15: 51) «se refiere genéricamente a los cristianos que están vivos

en la parusía. Como esta puede suceder en cualquier momento, y dado que todavía está entre los vivos, Pablo puede incluirse a sí mismo y a los corintios en el primer grupo: “No todos dormiremos”». <sup>9</sup>

Algunos teólogos han sugerido que el plan original de Cristo de regresar pronto se frustró y que, hacia el final de su ministerio terrenal, ya había pospuesto ese plan. Pero esta sugerencia no resuelve el problema, ya que, como se mencionó anteriormente, en el libro de Apocalipsis, él continúa prometiendo: «¡Vengo pronto!». El aparente conflicto entre el regreso cercano y no tan cercano de Jesús se explica mejor a través del conflicto correlativo entre la escatología global del mundo entero y la escatología personal de cada ser humano.

Sabemos que la oportunidad de salvación finalmente se acabará para todo el mundo poco antes de la segunda venida de Cristo y que termina para cada ser humano en el momento de la muerte. De hecho, todos los verdaderos cristianos deberían estar «esperando» (1 Ped. 3: 12) y anhelando el pronto regreso de Cristo (2 Tim. 4: 8), porque no hay ninguna bendición reservada para aquellos que afirman: «Mi señor tarda en venir» (Mat. 24: 48). Por otro lado, muchos cristianos están demasiado preocupados, y a menudo frustrados, por la escatología global del mundo, que no termina de cumplirse, mientras que al mismo tiempo tampoco están contentos con su escatología personal, que pronto terminará.

Las señales de la segunda venida de Cristo indudablemente se están cumpliendo (ver Mat. 24; Mar. 13; Luc. 21), lo que apunta a su pronto regreso. Sin embargo, debemos estar listos para encontrarnos con el Señor, independientemente de cuándo regrese (Mat. 24: 36, 42; Hech. 1: 6-8). Puede que todavía estemos vivos o que ya estemos descansando en la tumba (1 Cor. 15: 51-56; 1 Tes. 4: 13-18). El salmista declaró: «A los ojos del Señor es muy valiosa la muerte de quienes lo aman» (Sal. 116: 15, RVC). Y el apóstol Juan añadió: «Entonces oí una voz del cielo, que decía: “Escribe: Dichosos los que de ahora en adelante mueren en el Señor”. “Sí —dice el Espíritu—, ellos descansarán de sus fatigosas tareas, pues sus obras los acompañan”» (Apoc. 14: 13, NVI). ¿Por qué los muertos son dichosos? Porque están descansando en los sepulcros hasta la mañana de la resurrección, cuando finalmente serán dotados de inmortalidad.

1. Leon Morris, *The Gospel According to John*, New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1971), p. 651.
2. Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, t. 1, Modern Library (Nueva York: Random House, 1930), pp. 402, 404.
3. Leon Morris, *The Cross in the New Testament* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1965), p. 161.
4. David E. Garland, 1 Corinthians, *Baker Exegetical Commentary on the New Testament* (Grand Rapids, MI: Baker Academic, 2003), p. 743.
5. Gregorio de Nisa, *On the Soul and the Resurrection*, trad. Catharine P. Roth, Popular Patristics 12 (Crestwood, NY: SVS Press, 1993), p. 69.
6. Catecismo de la Iglesia Católica, archivo Vaticano, tomado de: [https://www.vatican.va/archive/catechism\\_sp/p123a11\\_sp.html](https://www.vatican.va/archive/catechism_sp/p123a11_sp.html) el 12 de abril de 2022
7. Cf. Wilson Paroschi, «Death as Sleep: The (Mis)use of a Biblical Metaphor», *Journal of the Adventist Theological Society* 28, n° 1 (2017): pp. 26-44.
8. Alberto R. Timm, «Longing for His Appearing», *Ministry*, (julio/agosto 2015), pp. 6-9.
9. Garland, p. 743.